

Domingo XXVII - Tiempo Ordinario A



Los viñadores homicidas

Preparado por el P. Behitman A. Céspedes De los Ríos (Diócesis de Pereira), con el apoyo del P. Emilio Betancur M. (Arquidiócesis de Medellín). Cf. Servicio Bíblico Latinoamericano.

Is 5,1-7 La viña del Señor es la casa de Israel
Salmo 79: La viña del Señor es la casa de Israel
Flp 4,6-9: El Dios de la paz estará con ustedes
Mt 21,33-43: Arrendará la viña a otros

«¿Qué hará con esos viñadores?»

En aquel tiempo Jesús dijo a los sumos sacerdotes y a los ancianos del pueblo esta parábola:

«Había una vez un propietario que plantó un viñedo, lo rodeó con una cerca, cavó un lagar en él, construyó una torre para el vigilante y luego lo alquiló a unos viñadores y se fue de viaje.

Llegado el tiempo de la cosecha, envió a sus criados para pedir su parte de los frutos a los viñadores; pero éstos se apoderaron de los criados, golpearon a uno, mataron a otro y a otro más lo apedrearon. Envió de nuevo a otros criados, en mayor número que los primeros, y los trataron del mismo modo. Por último, les mandó a su propio hijo, pensando: "A mi hijo lo respetarán".

Pero cuando los viñadores lo vieron, se dijeron unos a otros: "Éste es el heredero. Vamos a matarlo y nos quedaremos con su herencia".

Le echaron mano, lo sacaron del viñedo y lo mataron.

Ahora, díganme: cuando vuelva el dueño del viñedo, ¿qué hará con esos viñadores?»

Ellos le respondieron:

«Dará muerte terrible a esos desalmados y alquilará el viñedo a otros viñadores, que le entreguen los frutos a su tiempo».



Entonces Jesús agregó: «¿No han leído nunca la Escritura que dice: “La Piedra que desecharon los constructores, es ahora la piedra angular. Esto es obra del Señor y es un prodigio admirable?”

Por esta razón les digo a ustedes que les será quitado el Reino de Dios y se le dará a un pueblo que produzca sus frutos».

Palabra del Señor

La canción de la viña

Algunos seguimos aferrados a un «servicio de la palabra» más apto para generaciones pasadas que para la sociedad actual. Pretendemos hacer oír una «palabra» alejada de la realidad que vivimos, expresada en un lenguaje teórico, con poco sabor a la vida y a la problemática de la gente... La inculturación sigue siendo una «materia pendiente» para demasiados predicadores cristianos. Nos preguntamos cómo lograr que nuestro «servicio de la palabra» se inspire y se haga carne en compromisos concretos por la Vida, la Justicia y la Solidaridad concretas, tal como se viven en el día a día...

Miremos a los profetas, que pueden orientarnos en este sentido. Ellos siempre mantuvieron una actitud crítica frente a las instancias de poder y, simultáneamente, vivían en medio del pueblo. Isaías, por ejemplo, no duda en utilizar una vieja canción romántica, sobre una viña, para comunicar con eficacia su mensaje. No teme que lo tilden de coplero de amoríos, o que la gente piense que sus recursos didácticos no están a la altura requerida. Para Isaías lo importante era hacer captar al decadente reino de Judá los peligros evidentes de una política interna ejercida mediante el autoritarismo, la represión y el inmediatez. Y la maestría de su «servicio de la palabra», comprometido y vital, accesible y a la vez profundo, quedó reflejado en la «Canción de la viña» que hoy escuchamos como primera lectura.

Ocurre otro tanto con la predicación de Jesús, como podemos ver en el evangelio de hoy. Jesús se vale del mismo tema de la viña para expresar su mensaje.

Muchos grupos fanáticos consideraban que la salvación de Israel era la única meta de la historia. Jesús cuestionó duramente esta manera de pensar, por superficial y excluyente. Por eso, muchos líderes sectarios, tanto de derecha como de izquierda, consideraron que Jesús era una amenaza.

Para Jesús el Reino de Dios estaba abierto a todos los seres humanos «de buena voluntad», o sea, todas las personas que tengan como valor primero de su vida el Amor y la Justicia. Porque, como dice esa maravillosa canción litúrgica (el salmo 71), el Reino es «Vida, Verdad, Justicia, Paz, Gratuidad, Amor». Por eso es por lo que no eran importantes para Jesús las diferencias raciales, de género o de cualquier otro tipo: todas las personas «de buena voluntad», todas las que estén dispuestas a vivir la solidaridad fraterna, están invitadas. Y Jesús no solo propuso esto como un ideal, sino que lo realizó con su práctica.

Esta manera de actuar y de pensar le acarrió agudos y profundos conflictos con los grupos religiosos y políticos de la época, incluso con sus propios discípulos. Para los hombres ortodoxos esta apertura del Reino de Dios a los extranjeros, enfermos y pecadoras era absolutamente impensable. Más aún, ellos consideraban que fuera de Israel y de su particular religión no había salvación para nadie. Se consideraban «propietarios» del Reino de Dios.

Jesús los desafía abiertamente, y por medio de esa comparación con la viña, les muestra que la ortodoxia recalcitrante no conduce a la salvación. El profeta de Galilea se burla de las pretensiones privatizadoras de los ortodoxos, y les muestra que Dios entrega el Reino a aquellas comunidades que viven el amor y la justicia. El Reino no es propiedad privada de nadie ni de ningún grupo en particular. Nadie lo tiene asegurado a título de una raza o religión concreta.

Toda la vida y ministerio de Jesús es compromiso con la vida. Sus acciones y palabras convocan a todos a compartir su vida en la nueva realidad humana y mundana que la construcción del Reino va provocando: sus obras poderosas, su acogida hacia los excluidos, el anuncio de la utopía de Dios que abre nuevos horizontes de esperanza en el corazón de los pobres. Éstos y otros signos son manifestaciones de la voluntad del Padre que envía a Jesús para que los hijos e hijas «tengan vida y la tengan en abundancia» (Jn 10,10) y que, por ello, invita a celebrar el retorno del hijo «que estaba muerto y ha vuelto a la vida» (cf. Lc 15,32).

Las denuncias de Jesús, por otra parte, nos indican que el mensajero del Dios de la Vida no puede permitir que el ser humano esté permanentemente torturado por experiencias de muerte. Queremos que nuestra vida y nuestro ministerio sean una confesión y un testimonio de nuestra fe en el Dios «que ama la vida» (Sab 11,26).

Como seguidores de Jesús sabemos que esta vida se manifiesta y goza en plenitud cuando se pone totalmente al servicio del Reino (cf. Mt 10,39).

Jesús, el Hijo del hombre, está dispuesto a dar su vida en rescate por todos (cf. Mt 20,28). Nadie le quitó la vida; él la entregó libremente. De él hemos aprendido que ser buen pastor es desvivirse por el rebaño, dar la vida por los hermanos (cf. Jn 10,11).

La importancia de los contextos

Recordemos que esta parábola, como todas las parábolas y la mayor parte de textos del Nuevo Testamento, fueron escritos después de la muerte y resurrección de Jesús; la carta a los Filipenses, de donde está tomada la segunda lectura de hoy, se escribió hacia el año 57, antes del evangelio griego de Mateo (a. 67) y ya da razón de los frutos, resultado, por la acción del Espíritu Santo en los creyentes: “Hermanos (Comunidad) no se inquieten por nada, en toda ocasión presenten sus sufrimientos a Dios en la oración y la súplica, llenos de gratitud. Y la paz, el primero y principal don del Espíritu, signo de la fe, que sobrepasa toda inteligencia, custodie sus corazones en Cristo Jesús” (El Resucitado).

Si leemos la primera lectura y el evangelio fuera del contexto de Pablo, se nos inunda el corazón de miedo porque somos los viñadores que se apoderaron, golpearon, mataron, apedrearón; y a un mayor número de criados los tratamos lo mismo. Así la viña se nos quitará para entregarla a otros viñadores que entreguen resultados a su tiempo” (evangelio); o pertenecemos a la casa de Israel y los hombres de Judá, su plantación preferida, que debiéramos dar uvas buenas y las damos agrias, y a cambio de obrar rectamente cometimos iniquidades. “El dueño de viña esperaba justicia y solo se oyeron reclamaciones. ¿Qué más puedo hacer por mi viña que yo no lo hiciera?” (Primera lectura).

El fruto es la conversión

Estos amedrentamientos o amenazas, ojalá inusuales, en una homilía o catequesis, quitan la esperanza y producen el miedo que impide dar buenos frutos o resultados, la conversión. Las parábolas no son juicios, sino llamados a la conversión, lo más urgente para ser la nueva viña del Señor.

Mateo escribe su evangelio cuando el rechazo de los judíos para aceptar a Jesús facilitó la entrada de los paganos a la iglesia; pero con juicio de apelación; de lo contrario el evangelio de Mateo pondría la misericordia de Jesús en una contradicción, cuando el Reino de los Cielos produce más resultados por la conversión que por el esfuerzo de los viñadores.

Nosotros no pertenecemos a “los que desecharon la piedra angular, sino a la piedra angular” que es El Espíritu del resucitado, cuyo primer fruto o resultado es la comunidad a la que pertenecemos: Yo los he elegido del mundo, dice el Señor, para que vayan y den fruto, resultados, y su fruto permanezca.

Cambiar de inquietudes

Hermanos (comunidad) no se inquieten por nada; más bien presenten en toda ocasión sus peticiones a Dios en la oración y la súplica, llenos de gratitud. Y que la paz de Dios (el Resucitado) que sobrepasa toda inteligencia custodie sus corazones y sus pensamientos en Cristo Jesús (piedra angular). Hay que llenar de cuidados la conversión para seguir dando buenos resultados o frutos.

La oración y súplica de acción de gracias están ligadas a los frutos que “a su tiempo” debemos dar. De otra parte, si la comunidad ora, suplica y agradece a Dios es porque sabe que el Espíritu trabaja sin cesar para fructificar el Reino en el corazón. “Por lo demás hermanos (comunidad), aprecien todo lo que es verdadero y noble, justo, puro amable y honroso, todo lo que sea virtud y merezca elogio (estos entre otros son frutos, resultados de conversión). Imítenme a mí (como signo y fruto de conversión) y el Dios de la paz (El Espíritu del Resucitado) estará con ustedes” (segunda lectura).

Nosotros, como Israel, Judá y Pablo somos el objeto de la paciencia de Dios. Una paciencia signo del amor de Dios Padre. Cuando nos convirtamos a esa paciencia del amor de Dios

Padre entonces seremos más cuidadosos de la viña y daremos mejores frutos y mayores resultados.

Para nosotros, como nueva viña, comunidad e iglesia, Isaías, el profeta-poeta, con un arpa en la mano, en el otoño-fiesta de las tiendas, moduló esta canción, un canto de amor, en nombre de su amigo, el dueño de la viña, el Resucitado (primera lectura). Los compañeros de exilio de Ezequiel decían que la predicación del profeta era una canción de amor con bella voz y agradable acompañamiento musical (Ez 33,32).

El peligro de manipular la Palabra de Dios

Homilía del Papa Francisco el 21 de Marzo 2014

Si un cristiano no es humilde y no reza, corre el riesgo de apropiarse de la palabra de Dios y de utilizarla para lo que le conviene. El papa Francisco lo dijo en la homilía de su misa cotidiana en Santa Marta, tomando inspiración de la lectura del Evangelio.

Era la parábola de los viñadores homicidas, que primero asesinan a los siervos y por último al hijo del patrón de la viña para apropiarse de la herencia. A Jesús le escuchan los fariseos, ancianos y sacerdotes a quienes se dirige para hacerles entender cuanto han caído bajo, por no tener el corazón abierto a la palabra de Dios.

“¡Este es el drama de aquella gente, pero también el nuestro! Se han apropiado de la palabra de Dios y la palabra de Dios la convierten en su palabra, según sus intereses, según sus ideologías, sus teologías... pero a su servicio. Y cada uno la interpreta según la propia voluntad, según el propio interés. Aquí está el drama de este pueblo. Y para conservar ésto, asesinan. Esto le sucedió a Jesús”.

“El jefe de los sacerdotes y de los fariseos al escuchar la parábola de Jesús entendió que hablaba de ellos. Intentaban capturarlo y hacerlo morir”. De esta manera “la palabra de Dios está muerta, está aprisionada, el Espíritu Santo queda enjaulado en los deseos de cada uno de ellos”. Y es lo que nos sucede a nosotros “cuando no estamos abiertos a la novedad de la palabra de Dios, cuando no somos obedientes a la palabra de Dios”.

“Entretanto hay una frase que nos da esperanza. ¡La palabra de Dios está muerta en el corazón de esta gente y también puede morir en nuestro corazón! Pero no termina, porque está viva en el corazón de los simples, de los humildes, del pueblo de Dios. Intentaban capturarlo pero tenían miedo de la multitud del pueblo de Dios, porque ésta lo consideraba un profeta”.

“Aquella era una multitud de gente simple, que seguía a Jesús, porque lo que Jesús decía les hacía bien al corazón, les calentaba el corazón. Esta gente no se había equivocado, no usaba la palabra de Dios para hacer su conveniencia, sentía y buscaba ser más buena”.

“¿Qué podemos hacer para no asesinar la palabra de Dios, y para “ser dóciles y no enjaular el Espíritu Santo?”.

“Dos cosas simples: La actitud de quien quiere escuchar la palabra de Dios es primero, la humildad; segundo la oración. Esta gente no rezaba. No sentía necesidad de rezar. Se sentían seguros, se sentían fuertes, se sentían dioses. Humildad y oración: con la humildad y la oración vamos adelante para escuchar la palabra de Dios y obedecerle. En la Iglesia, humildad y oración. De manera que no nos suceda lo que le pasó a esta gente: no asesinaremos para defender la palabra de Dios, esa palabra que nosotros creemos que es la palabra de Dios, pero que está totalmente alterada por nosotros”.

Crisis religiosa

José Antonio Pagola

La parábola de los “viñadores homicidas” es un relato en el que Jesús va descubriendo conacentos alegóricos la historia de Dios con su pueblo elegido. Es una historia triste. Dios lo había cuidado desde el comienzo con todo cariño. Era su “viña preferida”. Esperaba hacer de ellos un pueblo ejemplar por su justicia y su fidelidad. Serían una “gran luz” para todos los pueblos.

Sin embargo aquel pueblo fue rechazando y matando uno tras otro a los profetas que Dios les iba enviando para recoger los frutos de una vida más justa. Por último, en un gesto increíble de amor, les envió a su propio Hijo. Pero los dirigentes de aquel pueblo terminaron con él. ¿Qué puede hacer Dios con un pueblo que defrauda de manera tan ciega y obstinada sus expectativas?

Los dirigentes religiosos que están escuchando atentamente el relato responden espontáneamente en los mismos términos de la parábola: el señor de la viña no puede hacer otra cosa que dar muerte a aquellos labradores y poner su viña en manos de otros. Jesús saca rápidamente una conclusión que no esperan: “Por eso yo os digo que se os quitará a vosotros el reino de Dios y se le dará a un pueblo que produzca frutos”.

Comentaristas y predicadores han interpretado con frecuencia la parábola de Jesús como la reafirmación de la Iglesia cristiana como “el nuevo Israel” después del pueblo judío que, después de la destrucción de Jerusalén el año setenta, se ha dispersado por todo el mundo.

Sin embargo, la parábola está hablando también de nosotros. Una lectura honesta del texto nos obliga a hacernos graves preguntas: ¿Estamos produciendo en nuestros tiempos “los frutos” que Dios espera de su pueblo: justicia para los excluidos, solidaridad, compasión hacia el que sufre, perdón...?

Dios no tiene por qué bendecir un cristianismo estéril del que no recibe los frutos que espera. No tiene por qué identificarse con nuestra mediocridad, nuestras incoherencias, desviaciones y poca fidelidad. Si no respondemos a sus expectativas, Dios seguirá abriendo caminos nuevos a su proyecto de salvación con otras gentes que produzcan frutos de justicia.

Nosotros hablamos de “crisis religiosa”, “descristianización”, “abandono de la práctica religiosa”... ¿No estará Dios preparando el camino que haga posible el nacimiento de una Iglesia más fiel al proyecto del reino de Dios? ¿No es necesaria esta crisis para que nazca una Iglesia menos poderosa pero más evangélica, menos numerosa pero más entregada a hacer un mundo más humano? ¿No vendrán nuevas generaciones más fieles a Dios que nosotros?